

DISCIPULADO PASTORAL

2015

TIEMPO DE
COSECHA

MIÉRCOLES 04 DE FEBRERO DE 2015



**ECLESIASTÉS
11:6.**

“De mañana siembra tu semilla y a la tarde no des reposo a tu mano, porque no sabes si esto o aquello prosperará, o si ambas cosas serán igualmente buenas.”

FEBRERO

IMPORTANCIA DEL SEMBRADOR

Entramos en un nuevo mes del año 2015, el mes de Febrero y nuestro lema en este mes es el de “LA IMPORTANCIA DEL SEMBRADOR”. Como lo hemos estado estudiando este año, es un año de Cosecha y vamos a ver en cada lección todo el ciclo que conlleva la siembra y la cosecha. El mes pasado, en Enero, vimos que era tiempo de Barbecho, un tiempo donde Dios iba a pasar Su arado sobre nuestras vidas para sacar las malas hierbas de las obras de la carne. Una vez libres de las malezas y las cosas que nos estorban para lograr nuestros propósitos; debemos ahora

pensar en nosotros como sembradores. En toda siembra y cosecha, el sembrador es una persona importante.

1. DEFINICIÓN DE SEMBRADOR:

La palabra Sembrador se forma con el verbo sembrar y el sufijo “dor” (agente). Sembrar viene de la evolución del verbo latino “seminare” y éste se forma a partir del vocablo latino “semen” (semilla). De allí vienen las palabras simiente, semen, semilla, seminario, insemñar y disemñar. Se aplica a la persona o máquina que siembra. Sembrar es esparcir semillas en un terreno

preparado para que germinen y den plantas o frutos.

Podemos tener varios conceptos de lo que es un sembrador; aparte de éste que estamos dando, que es el literal, podemos decir que también es un sembrador, aquel que llena o cubre un lugar con determinadas cosas, especialmente sin orden y como adorno: "sembró el camino con pétalos de flores". También se dice del que motiva una opinión o causa una sensación con palabras o acciones: "sus mentiras sembraron el desprecio entre sus compañeros". Del que propaga una noticia o del que prepara algunas cosas para obtener frutos más adelante: "sembrar simpatía". En nuestras iglesias también se conoce como sembrador a aquel que aporta económicamente para la extensión del reino de Dios. Pero en esta lección, voy a hablarles de la máxima expresión de un sembrador, como es. el que evangeliza, el que siembra la Palabra de Dios.

Creo que cada uno de nosotros debe tener como objetivos: Primeramente, tomar conciencia de la responsabilidad que Dios ha puesto en nuestras manos de ir y evangelizar el mundo anunciando la Palabra de verdad y como segundo debemos estimularnos a convertirnos en un "sembrador" o evangelizador, aprovechando toda oportunidad que se nos presente para esparcir la semilla de la Palabra divina y por último debemos conocer las cualidades, habilidades y talentos que todo sembrador de la Palabra debe tener, cultivar y adquirir.

2. JESUS, NUESTRO MEJOR MODELO DE SEMBRADOR.

Jesús fue un sembrador incansable. Durante su ministerio público de tres años y medio, aprovechó todas las oportunidades para sembrar la semilla de su evangelio: en las sinagogas y en el templo: en las calles y plazas; dentro de las casas, en las reuniones y banquetes; en el campo, a orillas de un lago o frente al mar, subido en una barca ocaminando por los senderos pueblerinos; en la intimidad del círculo de sus discípulos, en ocasiones importantes, como cuando instituyó la Última Cena, y aún desde la cruz, cuando entregaba su vida en sacrificio redentor.

Una característica de primera importancia en la siembra de Jesús es que fue El quien salió en busca de la gente. Fue al encuentro del necesitado en el templo o en los caminos; entró a las casas de los pecadores; los reunió en torno a El en la montaña o en el desierto. Jesús vivió en función de la misión de sembrar la bendita semilla: vivió en función de los individuos y las multitudes perdidos y sin esperanza.



Cuando miramos con detenimiento los evangelios, que son la fuente principal para nuestro conocimiento de Jesús y su mensaje de salvación, no podemos dejar de notar algo que es totalmente claro y muy específico: Jesús tenía una manera especial y muy propia de acercarse a las personas, particularmente a aquellas que por su condición social, su condición económica, o las circunstancias particulares de su vida, eran rechazados, marginados y hasta perseguidos, por los que se consideraban a sí mismos mejores personas que ellos. Jesús amaba con un amor en especial a los niños, a las mujeres, a los enfermos, y a quienes eran considerados pecadores, por las autoridades religiosas de su tiempo.

Algunos ejemplos concretos de esta relación especial de Jesús con los pecadores, podemos verla con claridad, en las historias de Mateo (Mateo 9:9-12), Zaqueo (Lucas 19: 1 -10), la pecadora que lavó sus pies en casa de un fariseo (Lucas 7: 36 ss), de la cuál prediqué hace unos días atrás; la mujer adúltera (Juan 8:1-11), el buen ladrón (Lucas 23:39-43), entre otras muchas. Y también, en la parábola del fariseo y el publicano (Lucas 18: 9-14), y las parábolas del hijo pródigo, la oveja perdida y la moneda perdida (Lucas 15).

- ¿Por qué actuaba Jesús así?...
- ¿Qué lo movía interiormente a acercarse a estas personas, rechazadas por los demás?...
- ¿Cómo entendía Jesús el pecado?...
- ¿Qué buscaba conseguir con sus palabras y con su modo de proceder?...

Desde el comienzo de su vida pública, Jesús entendió que su misión, la tarea que el Padre le había encomendado, era proclamar la buena noticia de la llegada al mundo del Reino de Dios, que ya habían anunciado los profetas. El Reino de Dios, o el reinado de Dios, que tiene como principio y fundamento el amor misericordioso que Él siente por nosotros; su perdón y su gracia, para todos los que creen en Él; su justicia, su verdad, la libertad y la paz que nos comunica; por eso las palabras con las cuales inició su predicación, fueron:

“El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en la Buena Nueva” (Marcos 1:15).

Y también:

“No necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal. No



**SIEMBRA EN EL REINO DE DIOS
Y SERAS BENDECIDO**

he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores” (Lucas 5:31-32).

En el cumplimiento de esta misión, Jesús encontró muchas dificultades, la mayoría de las cuales procedían de los fariseos, los escribas y los doctores de la ley, que eran las autoridades religiosas de aquel tiempo, y tenían su manera propia de ver las cosas, y de enseñarlas y exigir las a la gente del común, que estaba sometida a sus dictámenes.

A pesar de sus diferencias en otros aspectos, los fariseos, los escribas y los doctores de la Ley, habían llegado a la conclusión unánime, de que lo más importante para los judíos, como a pueblo de Dios que eran, era cumplir al pie de la letra, la Ley de Moisés y los 613 preceptos añadidos a lo largo de los siglos para complementarla. Quien no lo hiciera así, era considerado pecador, y quedaba condenado a llevar sobre sus hombros esta carga pesada, a menos que cambiara de actitud de una manera radical.

Habían llegado incluso al punto, de determinar que algunas profesiones u oficios eran en sí mismos pecaminosos, porque implicaban contactos prohibidos por los preceptos de pureza que se habían inventado. Tal era el caso, por ejemplo, de la medicina, porque suponía y exigía relación directa y contacto físico con los enfermos, que por su situación eran tenidos además como pecadores, a quien Dios castigaba su pecado o el pecado de sus padres con la enfermedad.

Lo mismo ocurría con las mujeres, en determinadas circunstancias de su vida, como el parto y el período menstrual, que las hacían impuras a ellas y a todo objeto, animal o persona que las tocara.

A todo esto se opuso Jesús, de una manera radical, que cree y anuncia como verdad fundamental, que Dios nos ama como un padre ama a sus hijos, que quiere siempre lo mejor para nosotros, y que sabe perdonarnos cuando le fallamos y somos capaces de reconocer con humildad nuestro pecado, y poner nuestro empeño en superarlo.

Para respaldar sus palabras, Jesús comparte su vida con aquellos que son considerados como pecadores, solidarizándose con ellos no sólo delante de Dios, sino frente a quienes los rechazan y condenan, los libera de su experiencia



culpabilidad, los invita al cambio de vida, les da la oportunidad de reincorporarse a la sociedad, y de esta manera anticipa en las comidas y banquetes en los que participa con ellos, la fiesta final de su encuentro con Dios.

Jesús busca que quienes se sienten pecadores, tomen conciencia de su pecado, y equivocadas implica para ellos mismos y para la sociedad a la que pertenecen, y los invita luego a arrancarlos de su corazón, porque es allí, en el corazón mismo del ser humano, y no fuera de él, donde el pecado tiene su origen y su raíz. Recordemos sus palabras:

“Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre” (Marcos 7: 21-23).

Todas las acciones y todas las palabras de Jesús tienen esta motivación central: **Hacer entender a quienes lo escuchan, y en ellos a nosotros, que cuando actuamos, no movidos por el amor, como hijos de Dios que somos, sino dejándonos llevar del egoísmo y de la ambición, nos deshumanizamos, y por lo tanto, nos alejamos de Él y de su Voluntad al crearnos, que debe ser nuestro punto de referencia permanente.**

Jesús se acerca a los pecadores, habla con ellos, come con ellos, y de esta manera, sin acusarlos, sin ofenderlos, sin discriminarlos ni marginarlos, les ayuda a tomar conciencia de su situación, les hace presente el amor que Dios siente por ellos, y los invita a convertirse, a cambiar de vida. Podemos verlo muy claramente en la historia de Zaqueo, que nos refiere san Lucas en su evangelio Lucas 19: 2-10.

Con sencillez, pero también con firmeza, Jesús nos enseña:

1. Que todos somos débiles y pecamos, lo cual significa, que no tenemos derecho a juzgar y a condenar a los demás. Mateo 7: 1-5.
2. Que los “pecadores” no son para excluirlos de nuestro trato, para



**Siembra la Palabra a
tiempo y fuera de tiempo**

rechazarlos, sino para acogerlos con amor, a la manera de Dios, que nos ama infinitamente, a pesar de nuestras debilidades y de nuestros pecados, como nos lo muestra en la Parábola del Hijo Pródigo y en las demás parábolas de la misericordia, que nos narra Lucas en el capítulo 15 de su evangelio, y en las que Jesús mismo anuncia: **"Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tienen necesidad de conversión"** (Lucas 15:7).

Esta es la maravillosa noticia de Jesús, la Buena Nueva que vino a comunicarnos, con el deseo de que la aceptemos en nuestra vida y la pongamos en práctica, y también que la anunciemos a los demás, porque estamos llamados a ser discípulos y misioneros suyos. Sembradores de esperanza.

